

“Más allá del mundo hay dragones...”

(Antigua creencia cartográfica que desafío, entre otros, Cristóbal Colón)

Las transformaciones que viven los jóvenes al ingreso a la vida religiosa es el tema que me han pedido reflexionar desde una perspectiva psicológica¹. Es un tema que hace años me apasiona porque en el contacto directo con ellos a través de la docencia, de jornadas de crecimiento, y de acompañamientos terapéuticos, he podido escuchar y ser testigo de muchos procesos. Cada historia es única y particular, sin embargo es posible detectar en sus relatos, complejas tramas de sentimientos que son comunes, y dinámicas, tanto constructivas, defensivas e incluso destructivas, que se van activando a medida que se insertan en las comunidades religiosas que han elegido como espacio para dar respuesta a un llamado. Probablemente ningún/a joven se sentirá absolutamente retratado/a en la particularidad de sus vivencias pero sí reconocerá algo de su rostro en lo que trataré de ir dibujando en este texto.

Desde la perspectiva de la Institución también capturó mi atención la preocupación expresada por formadores y formadoras sobre los comportamientos que los desconcertaban en los jóvenes que acompañaban. Las palabras “regresión” e “inmadurez”, como ejes explicativos de lo que estaba ocurriendo eran tal vez las más ocupadas por ellos y por los que, desde fuera como docentes, psicólogos, médicos, intentábamos comprender el fenómeno que ante nosotros se desplegaba. Una mirada simple nos podría llevar a la conclusión que los/as jóvenes que postulan hoy a la vida religiosa son más infantiles que los/as de antes, con problemas para el compromiso, variables en sus afectos, difíciles en la relación con la autoridad, enfermizos, frágiles física y psíquicamente, etc. Esta mirada puede encontrar sustento en estudios sociológicos que nos hablan del impacto de la cultura imperante en la juventud. Pero verlo así, aunque nos entrega claves de lectura que les permiten a las instituciones enfocar la formación apuntalando lo frágil en las generaciones actuales, no nos ofrece un modelo explicativo amplio, y más allá de falencias generacionales, que nos permita orientarnos en la trayectoria que sigue un/a joven que decide ingresar a la vida religiosa.

Un mapa más completo y con coordenadas que no sólo enriquecen el análisis sino que “normalizan” el proceso, se puede encontrar en los textos que nos hablan de lo que le pasa a la persona en transición a otra cultura, situación que podemos analogar a la del joven que deja su medio ambiente familiar y cultural para insertarse en una nueva cultura como es la “religiosa-institucional”. Aún cuando permanezca en el mismo país de origen, los cambios a los que se ve expuesto son de una gran magnitud. No sólo deja su modo anterior de ser sino que “entra” a un nuevo espacio con claves propias, comportamientos propios, formas de vivenciar y expresar afectos propios, donde hay muchos supuestos compartidos, algunos de los cuales se expresan en normas y principios comunes pero donde la gran mayoría

¹ El fenómeno de vocaciones tardías escapa a las posibilidades de éste artículo. Escribo pensando en aquellos/as que ingresan sin otras opciones totalizantes vividas con anterioridad.

permanece en el campo de lo que se transmite sin mayor conciencia.² Agreguémosle a lo anterior un código de lenguaje verbal que, en apariencia todos entendemos, pero que en los significados profundos y evangélicos a que aluden, hay diferencias de fondo que sólo son perceptibles y asimilables con el correr de los años. Conceptos como: Obediencia, Celibato, Pobreza, Fraternidad, Discernimiento, etc., tienden a ser leídos inicialmente en su dimensión más concreta. La obediencia, por ejemplo, puede ser traducida en la práctica diaria como un “pedir permiso” y “hacer lo que se me dice”, experiencias que retrotraen a vivencias de la infancia y que, tarde o temprano, ponen en jaque la maduración de la autonomía.

Encontramos muchas similitudes en lo descrito por los jóvenes en su “tiempo de ingreso” con lo que se ha estudiado como propio del shock cultural. Cuando en jornadas de trabajo han podido mirar y ordenar sus vivencias entendiendo que son parte de un proceso y que, el dolor y confusión de una etapa no significa que están “locos” o que han dejado de “tener vocación”, expresan un enorme alivio.

Quisiera sin embargo, abordar este desafío de una manera más amplia aún, y no sólo referirme a una serie de procesos psicológicos, síntomas y comportamientos asociados a esta experiencia. Referirse a ellos es sin lugar a dudas importante porque permite una comprensión serena ante un proceso de cambio muchas veces incomprensible, tanto para la persona que lo vive como para los acompañantes. Pero reducir el fenómeno de cambio sólo a dichos procesos es empequeñecer la mirada y por lo mismo las posibilidades presentes. Lo psicológico y lo cultural se enriquecen y entrelazan con una tercera perspectiva que es la del desafío existencial. Ante todo estamos frente a una gran aventura y cuando me refiero a una “aventura” estoy en el país de las grandes utopías y no en el pequeño terreno de lo pasajero e intrascendente, válido también como parte de las experiencias que nos constituyen pero ciertamente menos fundante de nuestra identidad que aquello que acontece en los grandes viajes. La vida de cada uno de nosotros puede ser vista, simbólicamente, como una gran epopeya donde cada acontecimiento y encuentro, por positivo, amoroso, extraño, doloroso, confuso que sea, es parte del camino que nos lleva a conquistar lo desconocido: a nosotros mismos, la vida misma, los significados y responsabilidades del existir en medio de la comunidad viviente, el ser parte del cosmos.

Los cuentos, leyendas y mitos que nos acompañaron en nuestra infancia activan en nuestro interior el deseo de alcanzar aquello que, por su increíble valor, hace posible que todas las fuerzas e incluso la propia vida se empeñe por ello. Joseph Campbell nos señala que la trayectoria del héroe/heroína de cualquier aventura, que valga la pena ser vivida, no es un acto de valor, aunque requiera de esto muchas veces, sino el caminar en el autodescubimiento cuyo fin no es sólo la liberación y felicidad personal sino el alcanzar la sabiduría y el poder para servir a los demás.³

En este contexto amplio podemos hablar de las etapas que dentro de la transformación se producen e imaginarnos, a la vez, un mundo poblado de obstáculos, brujos y brujas, dragones, enmascarados y enmascaradas con los cuales luchar, noches y días, sombras y

² EDGAR SHEIN, *Organizational Culture and Leadership*. Jossey-Bass, Inc. January , 1993.

³ JOSEPH CAMPBELL, *El poder del mito*. Emecé editores, 1991,16.

luzes, regresiones al mundo de la infancia que nos tienta a mirar hacia atrás olvidándonos del por qué partimos de casa, amigos y amigas que nos interpelan a retomar el camino con coraje, enemigos y enemigas (dentro y fuera de nosotros) que nos atemorizan por lo incierto del camino o nos seducen con pequeñas batallas y reinados aparentes para que dejemos nuestro sueño de lado, abatimientos, desilusiones, fracasos que nos obligan a pulir un ego engrandecido y entorpecido, encuentro con posibilidades y habilidades nunca sospechadas, viejas y viejos sabios que son descanso reparador y guías en el camino. En este acontecer él/la joven que ingresa a la vida religiosa recibe la invitación, entre otras, a encontrar “dentro de sí mismo/a los recursos de carácter para hacer frente a su destino.”⁴ Apelo a su imaginación para que, en medio de las líneas que seguirán más abajo, entremos al mundo de los grandes sueños que nos movilizan al punto de ir hacia donde habitan, supuestamente, dragones.

Cada una de las etapas por las que atravesará la persona, en esta gran apuesta de vida, la impactará simultáneamente en tres niveles: el nivel de significados; el nivel de emocional; y el nivel de comportamientos.⁵

En el nivel de significados estamos ante el espacio de las motivaciones de él/la joven que decide ingresar. Si el cambio de vida está impulsado por una fuerte motivación y experiencia de relación personal con Jesús, las dificultades que viva tendrán sentido e irán de la mano de sentimientos positivos frente a lo novedoso. Por el contrario, si las motivaciones son frágiles y prima la presencia de pseudo- motivaciones, como el perpetuar una condición de hijo/a ante una institución madre/padre evitando así dar pasos de adultez en su mundo concreto, la confusión desdibujará el sentido de lo que se vive y predominarán ansiedades difusas por sobre una alegría serena.

En el nivel de emocional estamos frente a cómo la persona se impacta con lo que vive y sus formas de expresión. Tiene que ver con la mayor o menor habilidad de tomar consciencia y de reconocer qué está sintiendo, y con la posibilidad o no de expresión de sus sentimientos. Específicamente con relación a procesos de duelo y pérdida, muy presentes en las primeras etapas del viaje, se pueden activar antiguas separaciones junto a patrones de evitación, represión o de elaboración de los sentimientos asociados. Se relaciona este nivel también con la capacidad de compartir la vulnerabilidad personal y con la habilidad para encontrar en el medio ambiente personas que sirvan de soporte.

En el nivel de comportamientos estamos frente a patrones de conducta aprendidos tempranamente y otros asociados a los roles que la persona desempeña en su medio

⁴ JOSEPH CAMPBELL, El poder del mito. Emecé editores, 1991,16. Este autor reconoce en la película “La guerra de las galaxias” y las dos que le siguieron formando la trilogía, un gran mito moderno. El proceso del personaje central, Luke Skywalker, simbólicamente nos sitúa en los grandes peligros y desafíos que debemos enfrentar, en primer lugar, para reconocer y aceptar nuestra misión en la vida y, luego, desarrollar lo necesario para llevarla a cabo. Sugiero mirar esta película en clave de mundo interno y no sólo como una epopeya galáctica.

⁵ KATHRYN PIERCE, IHM, Creative Transitions: The Movement From Here To There. Texto no publicado y de divulgación restringida al programa de preparación de misioneros: Maryknoll Cross Cultural Services. Maryknoll New York, 10545. Agradezco la gentileza de autorizar el uso de su texto para adaptarlo a la realidad de jóvenes que ingresan a la vida religiosa.

ambiente y que definen en parte su identidad. Es el estilo personal que vuelve reconocible, para los otros y para sí misma, a la persona. Este estilo personal se ha desarrollado en un contexto que se deja, pero el “estilo” viene con la persona. El contexto nuevo por su parte, requiere un estilo particular de ser. Compleja tarea se presenta en este nivel. Por mucho tiempo convivirán lo antiguo y lo nuevo, no siempre de la mejor manera. A veces el nuevo estilo de comportarse reprimirá a la antigua forma, al punto de parecer él/la joven como el formando/a ideal, hasta que algún acontecimiento, que sobrepase las defensas, dejará a la luz las viejas estructuras que están muy vivas y esperando su momento para actuar. También podemos observar, en el otro extremo, cómo la forma de comportarse que trae la persona se resiste a incorporar lo nuevo llegando incluso a rechazos abiertos, son los formandos/as en apariencia más difíciles por sus conductas.

El diferenciar estos niveles es sólo por razones didácticas. Podemos distinguir la mayor presencia de uno u otro en determinado momento, y detectar por ejemplo, que la persona está atascada en el nivel emocional por no saber reconocer qué siente, o en el nivel de comportamientos por tener un repertorio muy pobre y de conductas desadaptativas frente a situaciones que lo frustran, o en el nivel de significados por confusión en sus motivaciones. Pero sea uno u otro el que se nos hace más presente, sin lugar a dudas están siendo tocados los otros y será cosa de tiempo ver su expresión particular. Tener presente estos niveles permite que el acompañante dirija su mirada y sus intervenciones, y no se pierda en medio de una trama compleja.

UN SUEÑO

¿Cómo se inicia este proceso?. Con un deseo. Deseo en algunos y algunas muy articulado y producto de muchas experiencias que fueron mostrando el encuentro entre el querer de Dios y los sueños personales. En otros, es una intuición cargada de emotividad y mezclada de miedos, dudas y otros deseos que luchan por hacerse presentes como posibilidad. Deseo, verbalización del deseo y movimiento que desinstala del espacio de la infancia.

¿Qué se deja?. Todo y nada a la vez. Tremenda paradoja que se irá haciendo presente a lo largo de las primeras etapas de encuentro con el nuevo espacio. **Todo**, lo que implica que se ha construido algo y se posee un pequeño reino, incipiente, adolescente o juvenil, precario pero propio. El que deja es alguien que, independiente de su edad cronológica y por lo mismo de la madurez alcanzada, puede decir: Yo soy y desde lo que soy, elijo. Elijo dejar de pertenecer al mundo que me fue constituyendo en lo que soy, elijo dejar porque vislumbré una posibilidad por la que vale la pena el sufrimiento del desapego. **Nada**, porque todo lo que soy viene conmigo.

Cualquier aventura por pequeña que sea nos sitúa al inicio en la necesidad de ver si contamos con los elementos básicos de apoyo y con el equipamiento físico, psicológico y espiritual para dar el primer paso. Por esto **la etapa previa al ingreso es fundamental** y tendrá una gravitación enorme especialmente cuando la ilusión inicial se confronte con las primeras realidades personales y exteriores. La pregunta clave aquí no es si tenemos un joven absolutamente normal y con una historia familiar impecable, por lo menos en apariencia. **Las preguntas fundamentales son si tenemos una persona capaz de**

realizar una opción y qué la motiva. La opción es a iniciar el camino respondiendo a la invitación de Jesús que es clara: Ven y verás. La motivación podrá tener muchos y variados nombres: servicio, solidaridad, justicia, compartir con los más pobres, conocer a Dios, entrega absoluta al absoluto, misionar, etc. Ambas preguntas son importantes y suele ser confuso para los acompañantes discernir cuando una de ellas, especialmente la relacionada con la madurez y construcción de la identidad, es frágil al lado de una fuerte motivación.⁶ Una persona motivada y lista para una opción no le va a asegurar a la Institución una permanencia de por vida en ella. Sólo está hablándole de alguien dispuesto a ser acompañado, desde la institución, en el desafío que implica la difícil y a veces enigmática lectura sobre las posibilidades de la propia existencia.

Conocer a la persona que postula y ayudarla a conocerse en este tiempo de discernimiento previo al ingreso es una tarea fundamental de la persona que acompaña, pilar del trabajo posterior.⁷ Jóvenes que en su medio ambiente no han logrado desarrollar una identidad acorde con su edad y nivel sociocultural son de alto riesgo más aún si le sumamos una motivación que tiene más de defensa y resistencia al crecimiento que de seguimiento al proyecto de Jesús. La primera responsabilidad siempre la tendrá la persona que postula, sin embargo es posible plantear que igualmente responsable es aquel que recibe porque sabe a qué recibe. Tanto en jóvenes con un desarrollo y madurez acorde con su edad como en aquellos que van mostrando dificultades en la constitución de su identidad, este primer momento va de la mano de una exaltación del ánimo que puede nublar la visión sobre las posibilidades reales y los límites personales. De alguna forma, todos necesitamos para evolucionar, ser algunas veces gigantes de nuestros sueños y, por lo mismo, necesitamos voces lúcidas que nos alerten sobre los dragones que hay más allá de nuestro mundo. El temor, que no paraliza, nos permite preparar de mejor modo la navegación y anticipar algunos peligros.

Un buen acompañamiento no teme la espera, es más, la recomienda si percibe que aún no están dadas las condiciones personales para una opción de inicio. En la espera también se probará la profundidad e intensidad de la motivación. Edith Stein, mujer, judía conversa al catolicismo, filósofa, carmelita descalza, víctima del holocausto, y recientemente canonizada, le escribe a una joven que le manifestó su deseo de ingresar al Carmelo: “ ante todo quiero decirle... si la vocación al claustro es verdadera, resistirá el contraste del

⁶ A veces, los acompañantes vislumbran que algo no anda bien pero cuando se le sugiere a la persona esperar un tiempo, para clarificar el por qué del ingreso o trabajar aspectos de la personalidad aún inmaduros para la nueva forma de vida, se encuentran con una tenaz resistencia. Hay diferencias significativas entre la expresión de una tenaz resistencia y la expresión de un amor apasionado que no ve razones válidas para una espera. Será tarea del acompañante mantener la lucidez, lo que no es fácil por las dinámicas afectivas que naturalmente se generan entre ambos

⁷ No se puede dejar esta responsabilidad en una herramienta de apoyo como puede ser la evaluación psicológica del postulante. Es posible plantear que, si hay un buen trabajo de acompañamiento previo al momento de la decisión, éste entrega suficientes elementos a la Institución para rechazar o aceptar a él/la postulante. El Informe puede ser una herramienta de apoyo al trabajo posterior en los casos que se utilice y no el fundamento para un rechazo. El tema sobre los usos y abusos del Informe Psicológico, daría para un artículo en sí mismo.

tiempo. Y si sólo es un juego de fantasía nacido del primer fervor, entonces es mejor que este convencimiento sobrevenga fuera que no en el claustro con una amarga desilusión”.⁸

LA SALIDA DE CASA

Desde el momento que la persona toma la decisión y es admitida por el grupo religioso hasta el día que literalmente ingresa a la comunidad, hay un espacio de tiempo marcado por la ansiedad ante lo desconocido y por la separación de lo conocido. Ambas vivencias, que aún no se cristalizan porque no se ha partido de casa todavía, son vividas con una cuota importante de **fantasía anticipatoria**. Esta puede contribuir a la partida o puede generar niveles de tensión difíciles de manejar tanto para la persona que va a partir como para los que se quedan, quienes también anticipan el cambio que en su caso no trae aparejado algo nuevo sino que el vacío que dejará el que parte.

Tomar conciencia del **duelo** inherente a este momento, atravesarlo sin apresurar los ritmos personales y familiares, aceptarlo en sus distintas facetas, es una tarea importante que puede liberar energía para el paso siguiente y posibilitar que la llegada a lo nuevo se haga con una mochila menos pesada. Por el contrario, “aprovechar” este tiempo como una oportunidad para “vivir lo no vivido”, negando los aspectos dolorosos de la partida y entretenidamente distraídos de lo que se deja, es la mejor manera de desaprovecharlo y traerá consecuencias en la etapa siguiente. Lo que no se trabaja ahora va en la mochila de artículos personales, dentro de la carpeta de “lo pendiente”, restando energía para las tareas del presente.

La salida de casa puede subdividirse en tres sub-etapas: El tiempo de las despedidas; La antesala de la partida; y El nuevo lugar.⁹

El tiempo de las despedidas

La certeza del inminente ingreso posibilita que aflore a la consciencia lo que se va a dejar. Es muy probable que en el período anterior se postergara el tomar consciencia de lo que implica el partir por necesitar las energías puestas en la toma de decisión y en el convencer a otros de la validez de una opción de este tipo.

Es un tiempo que puede estar marcado por la preocupación ante los efectos que tendrá el dejar el espacio familiar, pastoral y de los amigos/as. Especialmente significativo será este momento si los roles atribuidos o auto asignados, en su ambiente, son de responsabilidad. Puede emerger culpa ante el posible desamparo y dolor, que vivirán personas que son queridas. Se vuelve necesario iluminar el sentimiento, tan humano, de creerse

⁸ M. TERESA RENATA DEL ES, Edith Stein, una mujer de nuestro siglo. ED. Monte Carmelo, 2° ed., 1998,227.

⁹ En el texto citado de Kathryn Pierce, IHM, se enfatiza la importancia del período previo al cambio de cultura que vivirá él/la misionero/a. De ahí está tomada la sugerencia de reconocer sub-etapas dentro del proceso de salir de un lugar a otro.

indispensable. Si objetivamente en algo es así, como por ejemplo, ser parte importante del sustento económico de la familia, es el tiempo para hacer aquello que pueda empezar a modificar esta realidad o re-evaluar si es necesario ampliar el plazo del ingreso con ésta tarea como objetivo central de la espera.

Se impone una síntesis de lo vivido hasta aquí, que incorpore el agradecer las situaciones y personas que han tenido una influencia significativa en la vida. También es la posibilidad de revisar qué está aún pendiente en el ámbito de compromisos adquiridos y de relaciones afectivas que es posible reconciliar.

Ayudar a la persona a pensar el tiempo de despedidas le permite no dejar para último momento conversaciones y encuentros que son de una alta carga emotiva. Tomar consciencia sobre la forma como está enfrentando este momento y desafiar posturas defensivas que evitan el dolor, es importante. Compartir con los más cercanos el significado personal del paso que se va a dar y escuchar lo que para otros significa, puede resultar grato, confirmador, y difícil a la vez por los cuestionamientos a la decisión. Es importante que se permita el abrir toda la gama de emociones y vivencias que acompañan el proceso de duelo, incluso el que la pena de los que son cercanos moleste porque ensombrece un momento que, en lo personal, es muy anhelado.

Es un tiempo privilegiado, por la vulnerabilidad que la situación conlleva, para revisar, en lo personal, si hay algo que no se ha compartido con las personas que acompañan y que, en el fuero interno, se intuye puede afectar más tarde. Si lo que no se ha compartido tiene un peso significativo, y suele tenerlo al no haberse podido abrir antes, es un buen momento para redefinir con el acompañante, o con alguien cercano de confianza, si se está en condiciones de dar el paso al ingreso. Se trata de ir con las energías dispuestas hacia los desafíos nuevos, no de ser perfecto. Despejar el mayor número de obstáculos de la pista es recomendable en este período. Previene estancamientos innecesarios en las etapas posteriores, las que traen su propio afán.

Ritualizar la despedida fortalece el sentido del cambio. Celebraciones, fiestas de despedida, ritos de envío, permiten a la persona, su familia y entorno cercano simbolizar y trascender la experiencia de separación.

La antesala de la partida

Tiempo de mayor introspección. Son los días previos al ingreso y requiere empezar a hacer un espacio interno a lo nuevo que se avecina. Muchos y variados sentimientos pueden emerger, cada uno de ellos merece ser reconocido: dudas, tristeza, entusiasmo, miedo, expectación ansiosa, deseos de libertad, inseguridad, satisfacción por lo logrado hasta aquí, etc. Es fundamental retomar lo que impulsa el paso que se va a dar y los recursos con que se cuenta.

Los movimientos van a ratos a enfocar lo que se deja con preguntas sobre la posibilidad de ser feliz en otro lugar; si se podrá realmente dejar a la familia y amigos/as; qué pasará con las personas que más se quiere; si se podrá permanecer cercano e importante en sus vidas.

En otros momentos el movimiento irá al futuro con preguntas sobre la propia capacidad de adaptarse a la comunidad elegida; si podrá convivir con personas que son distintas; si será capaz de responder a las exigencias nuevas, estudios, pastoral, etc.

Es importante que se le sugiera a él/la joven el pasar un tiempo a solas en esta antesala, sin las influencias cotidianas. Que busque dar el paso acompañado de una reflexión consciente sobre lo que está suponiendo a todos los niveles.

La tarea central en este momento es disponer el corazón a lo nuevo, por lo que ayuda pedir el soltar amarras y el abrir la reflexión hacia las esperanzas y expectativas con que se va, y preguntarse qué se espera de la relación con Dios, consigo mismo y con los demás en la nueva etapa que está a punto de iniciarse.

El nuevo lugar

Lo define la salida y la llegada física a la comunidad que recibe. Estando presente lo que se deja, el énfasis empieza a ponerse en la exploración del nuevo lugar. Personas, contextos, espacios físicos, lenguajes, comportamientos, todo es nuevo porque aún cuando se visitaba la comunidad con anterioridad, era sólo como “visita”. Ahora la mirada es de alguien que llega para quedarse. La necesaria atención que requiere el presente disminuye la intensidad de los sentimientos asociados al duelo de dejar lo conocido, lo que sorprende gratamente y reaviva la confianza y el entusiasmo por lo que se ha elegido.

Son claves en este momento los gestos de acogida y el ritualizar el paso. Pareciera ser el fin de un período de mucha tensión y el logro de una meta anhelada. En cierto sentido lo es y en otro es sólo el comienzo.

EL INGRESO

El ingreso marca un antes y un después en la vida de él/la joven que opta por la vida religiosa. Se trata de un **cambio de vida mayor** que dará paso a un proceso que transcurre en distintos niveles simultáneamente.

Podemos leerlo desde el encuentro con Dios, como un **tiempo propicio para experiencias espirituales fundantes**¹⁰, y sin duda, expertos en los movimientos del Espíritu nos señalarán etapas, desafíos, trampas, aprendizajes, etc. que nos permitirán seguir la ruta de la búsqueda y del encuentro con Dios, consigo mismo y con los demás en el servicio a lo valioso para la vida.

¹⁰ BÁRBARA HENDRICKS, M.M, El Impacto de la Transición, Texto no publicado. La autora es Teóloga, expresidenta de la Congregación de Hnas. de Maryknoll. Trabajó varios años en “pueblos jóvenes” de Lima, y también con los misioneros en transición en La Escuela de Idiomas de Cochabamba, Bolivia. Agradezco la gentileza de permitirme utilizar su sugerente artículo.

Podemos también, y es el objetivo de este artículo, leerlo desde las dinámicas psicológicas presentes en un movimiento de cambio tan radical, observando cómo la identidad se expande y sufre dolores de parto mientras lo nuevo se anuncia pero aún no se conforma al yo.

Y, podemos también, intentar una lectura desde lo institucional tratando de mirar las transformaciones que vive la institución con la llegada de nuevos miembros, y cómo las dinámicas propias de una organización pueden facilitar o dificultar el proceso de incorporación de los y las nuevas. Esto último escapa a las posibilidades de este artículo pero quiero dejarlo planteado porque los obstáculos y desafíos, algunos infranqueables para el viajante de ésta aventura de vida, no sólo se encuentra en la personalidad o la historia familiar del o la joven que ingresa. Sabemos actualmente, que al igual que las personas, las organizaciones y/o sistemas familiares, comunitarios, sociales, del país, etc., pueden funcionar desde dinámicas que favorezcan su crecimiento y desarrollo y, por ende el de sus miembros, y también funcionar desde dinámicas destructivas de sí mismos y de sus miembros. Sombras y luces, dragones y sabios... en una convivencia que nos llama a estar en alerta.

Todas las lecturas nombradas y otras que se me escapan, son válidas y necesarias de considerar. El esquema que acompaña este artículo, por lo mismo, es un mapa incompleto. Como todo mapa, entrega pistas y referencias para ubicarse en el camino, pero no sustituye la riqueza de la experiencia personal. Los que han vivido ésta transición pueden, con sus propias notas, enriquecer, corregir y afinar esta herramienta.¹¹

Entenderé por “Ingreso” un tiempo amplio y no sólo el dato objetivo del día en que él/la joven se incorpora a la comunidad religiosa. Es un tiempo definido básicamente desde el interior de la persona y que cada uno/a recorrerá a su ritmo y de acuerdo a sus características particulares. En algunos/as será más breve y casi imperceptible en sus manifestaciones. En otros/as la duración e intensidad alcanzará grados significativos y, al igual que los sismos con que la naturaleza de nuestra región nos acostumbra sorprender de vez en cuando, pueden ir desde una experiencia desagradable hasta límites que ponen en riesgo las estructuras.

Muchos factores inciden en lo anterior, algunos están fuera de las posibilidades de control porque responden al devenir propio de la existencia. Pero otros, como un buen inicio en términos motivacionales, una maduración psíquica acorde con la edad y el desafío a que se va, y una salida de casa consciente, pueden marcar la diferencia. De ahí que insistir en la

¹¹ El esquema que se adjunta tiene como fuente teórica básica lo escrito en torno a los fenómenos de transición en la vida por diversos autores. Sin embargo lo más valioso de él es que ha sido trabajado y adaptado por jóvenes estudiantes de cursos de Conferre en sus primeros años de contacto con la vida religiosa. También ha servido de base para un Seminario realizado, varias veces, con formadores/as: El Fenómeno del Ingreso a la Vida Religiosa: Cambio, Regresión y Crecimiento. Un reconocimiento a Soledad Gatica, psicóloga, por su aporte siempre profundo y esclarecedor, y a todos y todas las que han participado en la evolución de ésta forma de ver un fenómeno complejo. En especial quiero agradecer la disposición y buen humor de la comunidad de estudiantes Agustinos, que aceptó, en medio del fin de año, entre misiones y viajes, compartir conmigo una mañana de trabajo en vistas a éste artículo. Tuve la oportunidad de conocerlos antes de su ingreso a la comunidad Agustina y fue muy grato verlos hoy, tan grandes.

importancia del discernimiento previo y, por lo mismo de un buen acompañamiento, nunca estará de más.

El tiempo del ingreso puede subdividirse en siete etapas reconocibles:

- Experiencia de Encantamiento o Luna de miel.
- Inicio de La Confusión.
- Creciente Pérdida de Control.
- Desintegración.
- Movimientos de resolución.
- Creciente Autonomía.
- Anuncio de una Nueva Integración.

Experiencia de Encantamiento o Luna de Miel

Es una etapa que se caracteriza por un gran entusiasmo y excitación ante lo nuevo. Cada acontecimiento, encuentro, tarea a desarrollar, etc., es percibida como ideal y enfrentada con una gran disposición anímica. La exaltación del ánimo propia de este momento, se expresa en una alegría que a ratos desborda y que contrasta con la pena sentida poco tiempo antes. Se produce un cierto adormecimiento frente al dolor de lo que se ha dejado lo que acrecienta la sensación personal de ser capaz de llegar a donde se quiera.

Físicamente se está en el nuevo contexto pero se funciona desde lo que se trae sin percibir aún claramente la magnitud del cambio. Todo lo que se asemeje positivamente, o se pueda asemejar, a lo vivido con anterioridad adquiere importancia como una forma de tener cierto control sobre lo que se está viviendo. Por ejemplo, la comunidad es sentida como “una familia”, pero no en el sentido que los religiosos/as utilizan este término, sino que en sentido literal al punto que algunos/as buscan la figura de padre, madre, hermano/a, con los cuales reproducir patrones de relación conocidos.¹²

La posición de aprendiz en la nueva situación posibilita una **regresión que está al servicio del crecimiento del Yo**. El/la joven reconoce que poco o nada sabe en el nuevo contexto por lo que se dispone a recibir, iniciándose un período de gran receptividad, incluso de aquello que después entrará a fases de rechazo previo a su real asimilación. Esta regresión va también de la mano de expresiones propias de “grupo juvenil” cuando el ingreso ha sido con otros/as compañeros/as. La tensión de la salida de casa sumada a la tensión de lo nuevo, se descarga muchas veces en juegos, risas desmedidas y en la necesidad de hablar de sí mismos/as y de sus actividades previas. Es el tiempo en que gustosamente se despliega el “rollo histórico”, pero sólo de aquello que es presentable en un nivel superficial de contacto. Es una etapa entretenida y que tiene el riesgo de intentar

¹² Es importante que el formador/a mantenga su posición y no caiga en la tentación de ser padre o madre, o amigo/a en un sentido literal. Inicialmente esta proposición inconsciente puede ser atractiva por el impacto positivo en la relación, pero luego cobra su precio y cuesta restituir la relación al nivel que corresponde, dentro del acompañamiento formativo.

perpetuarse cuando los focos de atención, del lugar que se dejó y de la comunidad que recibe, se apagan para dar paso a un tiempo de mayor normalidad.

Caracteriza esta etapa también, el minimizar lo que tanto desde dentro como de fuera, es disonante a lo elegido. Se le resta importancia a los sentimientos ambivalentes e incluso se les desconoce por temor a lo que se puede pensar de ellos si llegan a expresar que no se sienten tan felices como aparecen la mayoría del tiempo.

Inicio de La Confusión

En esta etapa él/la joven empieza a sentir los primeros impactos del gran cambio al que está sometido. Aparecen los primeros síntomas de desorientación y confusión junto a las primeras constataciones de la distancia entre el ideal con que se venía a la comunidad y la realidad que se encuentra.

El malestar que empieza a hacerse presente está más relacionado con la **deprivación** de todo lo que constituía el mundo personal previo al ingreso, que con lo que está encontrando él/la joven en el nuevo espacio. Los estudios relacionados con la adicción a drogas nos entregan un modelo útil para entender la complejidad de este momento.¹³ Podemos analogar, guardando las proporciones, el malestar que siente un adicto cuando le es retirada la droga que lo estabiliza, al malestar que empieza a hacerse presente en la persona cuando los elementos de soporte de la identidad no están presentes. Dado que hablamos de jóvenes, es posible plantear que la identidad que se ha ido construyendo aún depende en un grado significativo del contexto, los roles, los afectos y todo lo que constituía su mundo. La estabilidad personal estaba anclada a variadas relaciones e incluso a contextos físicos conocidos.¹⁴

Es un tiempo de añoranza y de búsqueda por conectarse con lo anterior para reafirmar una identidad que empieza a remecerse. Algunos/as reportan sentirse más interesados por lo que ocurre en sus familias que cuando estaban en medio de ellos. Fechas significativas, cumpleaños, enfermedades y cualquier acontecimiento que afecte al grupo familiar son ocasiones para buscar estar presente. Lo paradójico para la persona es que mientras pudo participar, compromisos pastorales o con amigos/as, eran justificaciones razonables para su ausencia.

La complejidad de las emociones presentes hace muy difícil compartir este momento. Por un lado se teme el que sea visto como un indicio de “problemas vocacionales” por lo que se evita compartirlo en la comunidad, y por otro lado se teme que si se abre el tema con familiares y amigos/as, estos reaccionen invitándolos a dejar la comunidad. Muchos jóvenes que han ingresado con una fuerte oposición familiar extreman el compartir lo fantástico de lo nuevo para asegurarles que se encuentran bien. Se inicia un período de mucha soledad si no se abren espacios para que la persona hable de lo que siente.

¹³ GOMBEROFF/ JIMENEZ, *Psiquiatría*, Ed. Medcom. 1982, 387.

¹⁴ ALVARO JIMENEZ CADENA, *Aportes de la psicología a la vida religiosa*, Ed. San Pablo, Bogotá, 1993. y, *Caminos de madurez psicológica*, Ed. San Pablo, Bogotá, 1995. Ver lo referente a Identidad y Autoestima.

La cercanía con la etapa de encantamiento y la presencia de mucha novedad en lo que se está viviendo puede hacer que este momento sea imperceptible para los que conviven con él/la joven. Probablemente en aquellos/as con tendencia a somatizar la tensión, empiecen a aparecer síntomas inespecíficos como problemas estomacales, dolores de cabeza, insomnio, exceso de sueño, etc. Algo no anda bien pero no se sabe a ciencia cierta qué es.

Creciente Pérdida de Control

El stress, que todo cambio significativo de vida conlleva, empieza en esta etapa a ser evidente tanto para la persona como para los que acompañan. El ser humano puede funcionar por mucho tiempo con las revoluciones pasadas sin que el organismo dé clara cuenta de esto, gracias al mecanismo de adaptación que se activa en tiempos de alta presión. Es importante recordar que también las experiencias positivas aportan su cuota de tensión, por lo que los buenos momentos, que durante todo el proceso están también presentes, contribuyen al stress y provocan un fuerte contraste. A los jóvenes, y también a los acompañantes, les cuesta comprender cómo es posible que estando a veces tan contentos/as con lo que viven, todo se nuble y oscurezca hasta por incidentes menores que no tienen aparentemente mayor trascendencia.

El stress puede ser definido como “una condición dinámica donde el individuo se enfrenta a una oportunidad, una limitación o una demanda relacionada con sus deseos y cuyo resultado percibe como algo incierto e importante a la vez.”¹⁵ Las limitaciones se refieren a fuerzas, tanto dentro como fuera de la persona, que impiden que haga lo que quiere hacer. Las demandas se refieren a la pérdida de algo deseado.

Distintos factores son descritos como fuentes potenciales de stress, al revisarlos y contrastarlos con lo que expresan los/las jóvenes, aparecen presentes en su experiencia la mayoría de ellos:

- La incertidumbre frente al futuro, tanto porque se revisa por dentro la decisión de pertenecer a la comunidad como por el hecho de estar bajo evaluaciones que otros realizan. Esto último es reconocido como una preocupación constante y que se acrecienta si las posibilidades de intervención en la decisión disminuyen.
- Factores propios del individuo como son problemas familiares, situaciones previas pendientes, su nueva posición en la familia, y elementos de la propia personalidad que entran en conflicto con las demandas de vida del nuevo contexto.
- Factores que provienen de la incorporación a una institución como son las expectativas, roles nuevos, relaciones interpersonales, posición en la organización, relación con el poder, estructuras, y la vida en grupo con sus distintas etapas.

El stress no es sinónimo de algo negativo pero ciertamente en esta etapa es probable que él/la joven esté conectado con las sensaciones incómodas más que con las oportunidades que la situación ofrece. Los síntomas físicos de la tensión, se suman en algunos/as a

¹⁵ STEPHEN P. ROBBINS, Comportamiento Organizacional, Prentice Hall, 1994,653 y ss.

síntomas psicológicos como son angustia, aparición de síntomas depresivos, dificultades de concentración, disminución en la atención a las tareas del presente, inseguridad, insatisfacción, temor, etc. También aparecen comportamientos inadecuados para la edad como son estallidos emocionales, dependencias infantiles, intentos por volver a la etapa de encantamiento con maniobras distractivas que molestan al grupo, actitudes abiertamente hostiles, etc.

La autoestima está amenazada porque la persona que decidió ingresar estaba en ese momento en un nivel de control y manejo de su entorno que le permitió tomar la decisión y, en cierto sentido, experimentarse grande e importante. En el nuevo contexto aún “**no son nada**”, frase que a veces se les dice para favorecer la libertad de opción pero que tiene el efecto, no deseado, de aumentar la sensación de no-pertenencia. Desconocen además, claves de relación por lo que cometen errores involuntarios que provocan inseguridad, especialmente en el área de la toma de decisiones y en la relación con la autoridad. El “héroe/heroína” de este viaje existencial se ve enfrentado/a a su propia **vulnerabilidad**. La baja de defensas por el nivel de stress, hace que esta vulnerabilidad no sólo sea psíquica sino que también se expresa en una mayor disposición a enfermarse. Los primeros choques significativos entre el ideal que se buscaba y la realidad se hacen presentes.

Desintegración

Período descrito como el de mayor desorientación y donde la palabra “crisis” se incorpora abiertamente en el vocabulario personal. “**Ya no soy el/la de antes**”, es la constatación que acompaña este tiempo de intensa confusión sobre la propia identidad. Se quiebra, en apariencia, el sentido de lo que se es. El concepto correcto sería el de **expansión** más que el de quiebre, pero lo que define este momento no es la conciencia de lo que se gana sino de lo que se ha perdido. Después de haber logrado cierta estabilidad saliendo de la adolescencia, se vuelve a experimentar una confusión generalizada.

La tensión y frustración están en su punto máximo acrecentando la sensación de no estar respondiendo adecuadamente a las demandas exteriores. Es un tiempo donde los significados se desdibujan e incluso se pierden. Los intentos por recobrar la estabilidad que alguna vez se tuvo, en términos de un mayor control sobre la vida personal, suelen quedar a medio camino porque se realizan sobre la base de viejas estrategias que no están a la altura de los nuevos requerimientos.

El interés personal se confronta, a veces duramente, con el bien común. El seguimiento a Jesús en un proyecto de vida religioso que implica el caminar en comunidad empieza a mostrar aspectos que, aún cuando hayan sido conversados o experimentados desde vivencias comunitarias laicales, suponen un descentramiento importante del propio ego.

Es un tiempo donde además, se produce una revisión crítica hacia las formas anteriores de vida, las cuales siguen siendo propias de la familia de origen o del grupo cultural al que pertenecía. Lo que antes no molestaba o no llegaba a ser un conflicto, empieza a tener una lectura más fina con los nuevos elementos que se están incorporando. Por ejemplo, estructuras familiares que se distancian del ideal definido por la presencia de padre, madre,

hijos, dentro de un compromiso de por vida. Frases como: "siempre pensé o sentí que... y ahora me doy cuenta que...", suelen aparecer.

Es importante recordar que este momento de sufrimiento psíquico puede ser vivido dentro de un continuo de intensidad y duración donde algunos/as sólo darán cuenta de una crisis significativa pero sostenible desde los recursos personales y ambientales que posea, y otros/as darán cuenta de un malestar que se experimenta como algo cercano a la desintegración personal. Es aquí donde es posible observar respuestas inadecuadas y/o regresivas que se sitúan en el campo defensivo y, a veces, claramente destructivo. Algunos ejemplos pueden ser:

- La persona se vuelve hostil hacia aquello que experimenta pero que no entiende. Esta hostilidad sigue básicamente dos caminos: se exterioriza buscando culpables en las estructuras, el formador/ra, los compañeros/as de comunidad, etc., y/o se vuelve en contra de la propia persona aumentando la sensación de incompetencia e inseguridad. Es una forma de huida que impide mirar hacia adentro.
- El refugiarse en hábitos de vida, vestuario, lenguajes, estructuras y formas de comportamiento que dan seguridad, pero que en el fondo responden a una identidad de cáscara. Hay una diferencia importante entre los signos exteriores de la pertenencia a un determinado grupo religioso y lo que aquí planteo como una defensa a la confusión interna. Los/las mismos/as jóvenes reconocen esto cuando, entre sus pares, ven a "pequeños curas" o "monjas" con los cuales es difícil relacionarse porque la persona ha quedado sumergida.
- La búsqueda de relaciones simbióticas, mal leídas exteriormente como dependencias¹⁶, en las que él yo se asocia a otro buscando un beneficio mutuo que, en este caso, es la estabilidad.¹⁷ Esta experiencia retrotrae a las relaciones que tuvieron ésta característica en los primeros años del desarrollo. Tal vez por esto llaman la atención e impresionan como tan infantiles los comportamientos y actitudes que acompañan esta relación.
- Depresiones significativas que comprometen no sólo el ánimo de la persona en términos de sentirse más triste y poco motivado sino que sus hábitos de sueño, alimentación, relación con otros, capacidad de concentración, visión de sí y de la situación, etc.
- El aumento de conductas impulsivas generalmente en el plano de lo agresivo y de la pérdida de control emocional ante lo que se experimenta como frustrante. En algunos/as esta impulsividad se manifiesta en el plano de la sexualidad.
- La aparición de respuestas maníacas ante la tensión como son un incremento de la actividad que se vuelve poco eficaz, una excesiva superficialidad y liviandad para enfrentar las dificultades, un ánimo opuesto a lo depresivo en el sentido de una extrema alegría que llega a molestar, un comer voraz, y la huida de todo lo que suponga un detenerse reflexivo.
- Enfermedades psicosomáticas que comprometen de manera importante el funcionamiento personal y/o la expresión de enfermedades que en condiciones de menor estrés y de defensas altas, no aparecerían.

¹⁶ Los seres humanos somos interdependientes y mutuamente influenciados. No es posible imaginar una relación aséptica de "dependencia". Sobre éste tema sugiero el siguiente artículo de Ana María Noé, Manejo Clínico de Los Afectos en Terapia Gestáltica, en Los Afectos en la Práctica Clínica, Ed. Universitaria, 1988.

¹⁷ Enciclopedia Microsoft Encarta, 1997, Simbiosis.

Puede ser necesaria la intervención médica y terapéutica para ayudar a la persona en los casos de mayor desintegración. Estructuras frágiles y/o no preparadas aún para un desafío de éste tipo suelen quedar en evidencia en esta etapa.

Movimientos de Resolución

Tocar fondo permite que se activen tanto en la persona como en el entorno mecanismos que apunten a resolver la crisis. Todo movimiento, incluso aquellos que pueden parecer en extremo hostiles o inadecuados, son intentos de la persona por encontrar una salida. Mirarlos y leerlos así, le puede permitir al formador/ra no engancharse en disputas personales estériles y mantener la distancia necesaria que requiere el discernimiento del paso siguiente. Especialmente personalidades más frágiles hablarán a través de su comportamiento de la imposibilidad de llevar adelante, con los elementos que tienen, ésta opción. Es una forma de pedir que "alguien" detenga lo que personalmente no se puede detener.

Si lo miramos desde la perspectiva del gran sueño por el que él/la joven partió de casa, estamos en el momento en que el "héroe/heroína" está invitado a descubrir que: "la esfera de su acción no es lo trascendente sino el aquí y ahora..."¹⁸. El sueño que lo movilizó requiere **paciencia** y **una construcción histórica** que supone trabajo silencioso fuera de la primera línea de acción. Es tiempo para incorporar y asimilar, derribar y construir, desaprender y aprender.

Conocimiento personal, esfuerzo en función de metas a largo plazo, capacidad de postergar deseos e impulsos, aceptación de la frustración y el dolor como aspectos inherentes al crecimiento, hábitos de reflexión, entrenamiento dedicado al desarrollo de nuevas habilidades, reconocimiento de la vulnerabilidad y aceptación profunda del ser acompañado, son aprendizajes fundamentales de este período. **Aquellos/as que logren incorporar estos elementos encontrarán vías de resolución creativas.** Por el contrario, aquellos/as que busquen respuestas inmediatas e indoloras, que se guíen por "las ganas", que eviten el dolor de la confrontación y el autoconocimiento, prolongarán el período de desorientación y el sufrimiento que conlleva para sí mismo y para los demás.

Las opciones que en este momento tome él/la joven, y el significado de las mismas, dependen de la intensidad de las experiencias, el impacto que produjo internamente y la interpretación que le den las personas significativas de su entorno.

Algunos/as jóvenes deciden volver a su ambiente de origen porque descubren que necesitan crecer y/o enfrentar temáticas que en el presente están dificultando la marcha. Otros regresan para redefinir la forma en que se cristalizará en sus vidas el seguimiento de Jesús, dado que la cercanía y convivencia con el mundo religioso les permite reconocer que no es el lugar ni la forma a la que se sienten llamados. Ambas posiciones permiten resoluciones positivas a menor plazo en contraposición con el salir de la comunidad sólo reconociendo

¹⁸ JOSEPH CAMPBELL, El Poder del Mito, 109.

lo que en ella no funciona desde la propia óptica, generalmente acompañado de sentimientos muy intensos de rabia y decepción por lo encontrado, o buscando excusas en situaciones familiares, poniendo la decisión de dejar la comunidad sólo como respuesta a lo que otros/as necesitan. Una fantasía que se repite en muchos/as jóvenes, en el período de mayor desconcierto, es que son solicitados por sus familias debido a la enfermedad repentina de uno de sus miembros. El ego así, se asegura una salida honrosa. La resolución se deja bajo la responsabilidad de las circunstancias sin asumir la propia conducción de la vida.

En aquellos/as que se paralizan, en el sentido de no resolver de ninguna manera el impasse del momento o que, por un bajo nivel de introspección, no son capaces de tomar consciencia de la magnitud de los problemas que experimentan, **la responsabilidad del acompañante es fundamental**. Probablemente a todos/as nos gustaría ser “viejos/as sabias” en la vida de los demás pero, tenemos que admitir que, a veces, el rol a desempeñar para el crecimiento del otro/a es el de confrontarlo en aspectos de su verdad que no logra ver. A veces guías amorosos/as, y a veces dragones en la percepción del otro/a.

Algunos/as optarán por atravesar este período confirmando el llamado a esta forma particular de compromiso y, entendiendo en un nivel más profundo que lo vivido es parte del camino de aprendizaje de actitudes fundamentales como son el desprendimiento, el despojo, el abandono. El ego, que se incorporó a la aventura del seguimiento de Jesús para transformar el mundo, se ve enfrentado a su propia transformación.

Es importante en esta etapa que se reconozca la **validez de las dudas** tanto por él/la joven como por sus acompañantes. Las dificultades vividas en la incorporación a la comunidad le dan a la persona, nueva y rica información sobre sí misma, sus límites y posibilidades, y sobre lo que Dios puede estar queriendo para su existencia. Es un tiempo de “**búsqueda en fidelidad**”¹⁹, donde el énfasis está puesto en la búsqueda. Posteriormente, una vez que la palabra ha sido empeñada, la búsqueda no deja de estar presente pero el énfasis recae en la fidelidad, “tiempo de fidelidad en búsqueda”.

Creciente Autonomía

Es el tiempo para implementar las decisiones y los cambios de actitud que se vislumbraron en la etapa anterior. Tanto para aquellos/as que se quedan como para los que optan por no continuar en la comunidad, si el proceso anterior se ha hecho reflexivamente y bien acompañado, se inicia un tiempo de creciente autonomía en el sentido de retomar las riendas de la propia existencia. Es importante que él /la joven sea, y se sienta, partícipe de la nueva posición, de lo contrario sólo en apariencia sobrevendrá un tiempo de calma.

La comprensión del nuevo contexto de vida que va dando el tiempo y las experiencias, sumado al desarrollo de las habilidades y destrezas necesarias para una vida institucional, empiezan a ser más conscientes para él/la joven que continúa en la comunidad. Su

¹⁹ Apuntes personales del Seminario sobre Psicología y Vida Religiosa dictado por el P. Antonio Vázquez, Religioso Mercedario y Doctor en Psicología, Río de Janeiro, 1993.

funcionamiento va adquiriendo grados crecientes de independencia. Requiere de menos sugerencias y apoyos externos en su quehacer lo que va restituyendo su autoestima.

Progresivamente aumenta su capacidad de manejarse con confianza y de relacionarse con mayor espontaneidad con los demás. Aunque a ratos vuelva a experimentar lo propio de las etapas anteriores, estos momentos son de menor duración y pueden ser objetivados con mayor rapidez.

Las energías personales empiezan a canalizarse en su mayoría en los desafíos del presente. El/la joven está menos interesado/a en recobrar lo anterior porque entiende que eso ya no es posible y que, además, sería resistirse al cambio necesario para crecer.

Anuncio de una Nueva Integración

Lo que marca la diferencia con la etapa anterior es el **sentimiento de pertenencia** que se empieza a manifestar. El nuevo rol se acomoda mejor a la piel lo que le permite moverse, tanto dentro como fuera de la comunidad, con mayor soltura y confianza. Esto es evidente en “el peso” que adquiere el paso del o la joven.

Aún cuando no se tienen compromisos definitivos, e incluso algunos/as todavía no han realizado sus Primeros Votos, se perciben a sí mismos/as como miembros de la familia religiosa. Esto se expresa en un mayor compromiso en los temas institucionales y no sólo lo que afecta a la formación y a su persona en particular.

Es un tiempo que permite una **primera mirada en retrospectiva**, con algo de historia en la comunidad y no sólo fuera de ella. Esta mirada sobre los altibajos vividos posibilita por un lado el reconocimiento de lo crecido y por otro el llenar de sentido momentos que a ratos fueron muy oscuros. Acompaña esta mirada el sentimiento de “**estar en casa**” y el deseo de regresar a ella cuando se va de visita a los antiguos lugares familiares.

La capacidad de revisar críticamente el pasado y de cuestionar el presente sin que esto ponga en jaque las opciones de fondo cada vez que se hace, permite la libertad para introspecciones con mayor nivel de verdad personal y, a la vez, el emitir puntos de vista y/o apreciaciones sobre lo que la comunidad tendría que mejorar. La crítica, aunque puede ser fuerte y apasionada, no va sobrecargada de hostilidad como en etapas anteriores.

El desarrollo y mejor manejo de habilidades que requiere la vida en común permite que menos energía se gaste al interior y más se vuelque en los desafíos de estudio y misión. Se incrementa también la sensación de bienestar al aprender a comunicar en formas más directas los sentimientos, necesidades, deseos, opiniones y sueños personales. Aumentan los aportes creativos al nuevo contexto lo que muestra que se empieza a cristalizar, dentro de la persona, una **síntesis** entre lo que era antes y lo que ha desarrollado en el contacto con la comunidad. Cada vez más asimilación y menos imitación.

El/la joven vuelve a sentirse progresivamente con una identidad relativamente estable lo que le da la serenidad para mirar el presente y futuro más que lo que era en el pasado. En

vistas a este presente y las posibilidades futuras podrá enfrentar los momentos de maduración personal y vocacional que se avecinan. Esta vez sabe que los desafíos no sólo están fuera si no que provienen también de dentro.

Pareciera que la reestructuración de la identidad y la calma que la acompaña cerraran el ciclo. En un sentido así es y en otro es sólo el anuncio de nuevos inicios, donde la profundidad de la pertenencia será un tema central a resolver.

Inicié este artículo con una antigua creencia cartográfica que anticipaba la caída a un mundo poblado de dragones y fuerzas destructivas del ser humano, a quienes se aventuraran fuera de los límites conocidos. Desafiada por aquellos que creyeron y se apasionaron por la posibilidad de un mundo nuevo, hoy no es más que un trozo de historia de la evolución humana. Me pareció sugerente como imagen del viaje hacia el propio mundo interior.

Con los nuevos mapas, elaborados por los primeros que se aventuraron, muchos/as han hecho el recorrido. El mapa estimula, previene, señala las rutas complejas, anticipa las zonas de tormenta y de calma, marca los lugares de reabastecimiento y, por sobre todo, habla de la necesidad de un amor apasionado que justifique la travesía. Sin esto, las primeras dificultades adquirirán el rostro de los antiguos dragones que a tantos marineros dejaron en tierra. Como todo mapa, que se precie de buen mapa, no reemplaza de ninguna manera la propia experiencia.

Para el que acompaña, entrega elementos ordenadores que le permiten saber a qué atenerse. Reconocer los hitos del viaje, entre otras cosas, disminuye la ansiedad y mantiene la vista en el proceso más que en acontecimientos puntuales. Esa fue la opción que, a medida que escribía, se fue imponiendo en el texto.²⁰ Tarea de otros espacios será el compartir historias concretas.

Desde una perspectiva psicológica un gran acertijo a resolver, en este trayecto de vida, es cómo expandir los límites de la identidad sin desintegrarse. Más allá del mundo hay dragones... y también la posibilidad de habitar de consciencia y de discernimiento la existencia.

²⁰ Un paso más, y que escapa a las posibilidades de este artículo, es revisar cada etapa reconociendo los factores que facilitan y dificultan, tanto dentro de la persona como en los contextos que la rodean, su caminar inicial en la vida religiosa